



Las tintas de la traducción

Mario Merlino

Poeta y traductor. Madrid (España)

Boris Vian propuso en su novela *La espuma de los días* la posibilidad de un *pianocktail*, un instrumento que permitía asociar cada nota con un alcohol, un aroma, un sabor: «lograr una bebida que tenga en cuenta todas las armonías por medio de un ajuste lateral» (traducción de Juan Carlos Silvi). Eran las correspondencias de Baudelaire en clave humorística, a veces al borde del zafarrancho: el pedal del huevo batido hace caer trozos de tortilla en el cóctel.

La traducción también implica una cuidada correlación sinestésica de colores, sonidos, sabores. Cargar las tintas o no cargar las tintas. Romper los cristales o dejarlos intactos y sucios, para que se deforme la visión del exterior. Decía Alejandra Pizarnik que la rebelión poética está en mirar la rosa hasta pulverizarse los ojos. El amor a la palabra es también eso. Y no estoy hablando sólo de construcción literaria.

Hasta en los textos más anodinos en apariencia (una guía de viajes, un manual de instrucciones, un libro de recetas, un diccionario) se juega el amor a la palabra. Otra cosa es la indiferencia de los fabricantes de tópicos. Hay que promover un libro, hay que hacer una solapa, hay que escribir tres líneas para una especie de mostrador donde se exhiben las obras recién aparecidas: triunfa la facilidad del lugar común. Muchos insisten en la nefasta influencia de la televisión. Pero tres líneas mal escritas —*corriqueiras*, dirían los brasileños, adjetivo que alude a lo vulgar y también a lo afectado— también influyen en el aprecio de la palabra. Y detrás de ciertos programas televisivos suele haber malos constructores, que no saben mezclar bien las tintas.

Por eso, junto con la buena escritura, es importante eso que se llama traducir. No importa la densidad literaria de un texto, insisto. Puede ser, como decía antes, una guía de viajes. Sin pretender embellecer las páginas originales, un traductor tiene la libertad y hasta el compromiso de seleccionar, de buscar entre los numerosos sinónimos aquel que más se ajuste al ritmo del período, a la construcción fluida de una frase, al sentido general. ¿Es lo mismo *doradas espigas* que *rubias espigas*?, ¿*árboles milenarios* que *árboles de mil años*?

Traducir es delimitar los grados de la pasión. Las tintas de la pasión. Descubrir los tonos que van desde el elogio de un paisaje hasta la descripción-narración del modo de preparar una merluza a la sidra. Saber elegir esos grados es función ya implícita en el texto original en otra lengua, pero también compromiso de quien traduce. Y en la variación de los tonos, en la elección de la palabra adecuada a ese tono, en la fluencia entre lo íntimo y lo frío, reside ese acto artesano que es la escritura definitiva del texto en la lengua de llegada. Siempre habrá literatura, hasta en los textos menos sospechosos de intención literaria. Y todo lo leído —desde los clásicos a los buenos escritores contemporáneos— se juega en el acto de traducir. Porque, parodia mediante, en un paseo por las calles de São Paulo, organizado y dirigido a turistas que viajan por primera vez a Brasil, se define primero una acción en palabras, y eso tiene que ver con la literatura. De manera semejante, los pasos que hay que cumplir para que un plato de comida salga bien constituyen la versión imaginaria del acto. La literatura ante todo. Y en eso reside el amor a la palabra —un cóctel equilibrado—, por más que el traductor no embellezca el supuestamente anodino texto original.